

CIENCIA Y ARTE

por **Mónica de Torres Curth**
y **Diego Añón Suárez**

Conociendo a Claudio Chehébar, biólogo y músico

Y todo el recorrido que en vida le había tocado hacer, se le representaba ahora como la letra y el ritmo de una canción íntima y enternecedora.

H. Tizón, *Fuego en Casabindo*, 1969

La música se siente; casi podríamos decir que no se piensa. Es una de las manifestaciones artísticas más universales y, a la vez, junto con el habla, uno de los rasgos más singulares del ser humano. Pero también la ciencia, otra creación del ser humano para entender su realidad, integra junto con la música un aspecto de nuestro pensamiento que nos distingue como seres humanos. Preguntarnos por la música, tanto como preguntarnos por la ciencia, es entonces preguntarnos por nosotros mismos. ¿Qué hay en común entre el placer por la música y el placer por el conocimiento? O qué hay de distinto.

En esta oportunidad *Desde la Patagonia* tuvo el enorme placer de sentarse a charlar con un científico residente en Bariloche que ha tenido una destacada trayectoria en la música de nuestra región: Claudio Chehébar, conocido además por su larga historia como integrante del dúo Chehébar-Navarro. Claudio nos recibió en su casa en una tarde ventosa de otoño y conversó entre mates de su historia de vida, relacionada tanto con la ciencia como con la música. Hablamos de su formación y trayectoria como científico y como músico, de qué manera estos aspectos de la creatividad humana conviven en él, y de cómo se suman y se complementan.

Es biólogo, formado en la Universidad de Buenos Aires, y actualmente trabaja en la Delegación Técnica Regional Patagonia de Parques Nacionales ocupándose, dentro de un grupo interdisciplinario, del asesoramiento, opinión e intervención técnica en todos los parques nacionales de la Patagonia. Si bien su trabajo en la Delegación Técnica, según sus propias palabras, no es estrictamente un trabajo de investigación, tiene muchos puntos de contacto con la investigación científica. Su actividad como biólogo es una actividad aplicada a la gestión. Por ejemplo, en la Delegación Téc-



Foto 1: Claudio Chehébar nació 1954 en Buenos Aires. Es biólogo de la Universidad Nacional de Buenos Aires y actualmente Director de la Delegación Técnica Regional Patagonia de Parques Nacionales.

Foto: M. de Torres Curth

nica hacen relevamientos y monitoreos respecto del estado de conservación de algunas especies en parques nacionales de la Patagonia. Podría decirse que su trabajo tiene un roce con la investigación aplicada.

Tras varias idas y vueltas entre Bariloche y Buenos Aires, decidió radicarse en esta ciudad. Aquí cultivó la ciencia pero también se perfeccionó en la música, contando ya con una trayectoria de más de veinte años en este arte. Según sus palabras, dedicarse a las dos cosas fue «algo que permite Bariloche como ciudad, dado que las distancias o el tiempo para trasladarse

Foto 2: Instrumentos de viento.



Foto: M. de Torres Curth

de un lado a otro son menores. En Buenos Aires no podría haber hecho las dos cosas, ya que ir de un lugar a otro a veces toma mucho tiempo de viaje; entonces, me hubiera costado mucho ir a ensayar luego del trabajo».

La historia de Claudio con la música es anterior a su inicio en la ciencia. En la adolescencia empezó a estudiar flauta dulce, luego flauta travesa y después comenzó a incursionar en los instrumentos andinos de viento. Un poco por coincidencia, pero siempre producto de una búsqueda activa, fueron dándose los encuentros con maestros de la música como Carlos López Puccio, integrante de Les Luthiers, Arnoldo Pintos, conocido autor de unos libros muy populares de aprendizaje de guitarra, o Gabriel Senanes, quien lo invitó a formar parte de un grupo llamado Fon XX, que inter-

pretaba música de compositores del siglo XX, como Ravel o Piazzola.

Creció en un hogar donde no había músicos ni artistas, pero en donde sí se escuchaba mucha música y había variedad de discos. «Creo que eso fue decisivo para mí». Se escuchaba sobre todo música clásica; «combinado con eso, mi hermano mayor escuchaba muchos discos del nuevo folklore, César Isella por ejemplo, que surgieron en esa época. También mi padre tenía un banjo. Yo nunca lo oí tocarlo, pero el banjo estaba ahí». El tiempo, el interés y el placer de escuchar discos, «algunos de flauta dulce barroca que había en casa», y la fascinación que le producía el sonido de sikus y quenás, «especialmente de uno de Uña Ramos que había en mi casa, *La magia de la quena*» lo llevaron a perfeccionarse en estos instrumentos andinos. Al principio fue sólo una cuestión de relación con el sonido, «por pura fascinación», pero luego comenzó a interesarse por el tipo de música y sus orígenes. En esa época, estamos hablando de los años 80, era difícil dar con lugares donde estudiar estos instrumentos; sin embargo, encontró dónde hacerlo. Lo primero que aprendió fue sikus, «un día, caminando por la calle, vi un cartel que decía: Centro Coya de Buenos Aires, clases de sikus». Luego fue la quena, en la Casa Latinoamericana. A través de Torito Staforini, charanguista y guitarrista, conoció a Jorge Bustamante, guitarrista dedicado a la música andina, y a Fernando Barragán, vientista. «Con ellos aprendí muchas cosas que me faltaban, conocer el universo musical andino, los diferentes géneros y toda la riqueza de la música de Jujuy, pero también de Bolivia, Perú y Ecuador».



Foto 3: Zampoña (<http://peru.travelguia.net/los-sikus-melodias-del-altiplano.html>)



Foto 4: Dúo Chehébar - Navarro. Foto gentileza de Claudio Chehébar

Con esta historia y sus instrumentos de viento se radicó en Bariloche, donde tomó clases con varios músicos, entre ellos José Luis Tubert, con quien siguió su perfeccionamiento de flauta travesera. «José Luis era muy generoso con sus alumnos y nos invitaba a participar en sus presentaciones, actuar frente al público en conciertos que él ofrecía. Éste fue un empujón para mí, y se lo agradezco muchísimo. Con él hacíamos mayormente música clásica, como Händel, y otra música barroca». Una vez instalado en Bariloche y contactado con el mundo de la música local, tuvo oportunidad de tocar con varios músicos y formar parte de diversos grupos. Por ejemplo, con Alberto Gonza, Daniel Manosalva y Carlos Lastra tuvo por un corto tiempo un grupo que se llamaba Viento Sur, que tocaba en peñas en las escuelas, «algo muy frecuente en esos años».

Algunas tardes de sábados, tomando el té en una casa de una señora del Centro Atómico, «nos juntábamos con otros músicos para hacer música, y allí conocí a Roberto Navarro». Poco tiempo después empezaron a tocar juntos, por las noches, en un bar llamado Canguro's, donde Helda Rosas cantaba música latinoamericana. Mientras Roberto hacía arreglos, Claudio aportaba instrumentos andinos y flauta. A partir de allí comenzó a crecer el dúo Chehébar-Navarro y siguió tocando por unos 20 años. Juntos editaron seis discos, uno de ellos con la creación del tema de Navarro El país de las manzanas, quizás la composición más conocida del dúo. Hoy Roberto Navarro reside en Francia. «En

este momento estamos grabando un nuevo trabajo, a pesar de que el dúo no tiene la cotidianeidad de antes». De cualquier manera cada uno siguió haciendo música por su lado, «no había exclusividad por parte de ninguno de los dos».

A fines de los 90, Claudio retomó la flauta dulce a partir de unos cursos de música barroca financiados por la Fundación Antorchas y empezó a formar parte de un grupo llamado Barrocos al Sur. Hace ya ocho años que toca con Manuel Montecinos, un guitarrista con quien hace folklore latinoamericano con un buen componente andino. «También toco en una formación nuevita con la soprano Silvia Sarmoria y Natalia Cabello, pianista, y Enrique Vendrell en contrabajo, con quienes hicimos una presentación con música argentina de Guastavino y Piazzola, Dalziel, Navarro y otros».

«Casi nunca compuse, siempre toqué música de otros. No es que no se pueda trabajar ese aspecto, pero de cualquier manera considero que hay que tener una especie de don. En el dúo con Navarro el que tiene ese don es Roberto». No obstante, compusieron un par de temas juntos; uno de ellos se llama Selva entre nubes y fue incorporado a uno de los discos. «En



Foto 5: Sonidos del Altiplano. Claudio Chehébar al sikus. Foto: Mónica de Torres Curth

Foto: M. de Torres Curth

Foto 6: Tapas de algunos discos.

este disco hay una cierta conexión con mi profesión de biólogo», ya que se inspiró en la *nuboselva*, un paisaje de bosques tropicales y subtropicales de montaña que acompañan la cordillera de los Andes, donde las nubes bajas se entremezclan con la vegetación, dándole un aspecto de misterio y de magia.

¿Por qué la música? ¿Qué lleva a una persona a dedicarse a alguna rama del arte y no a otra o a ninguna? «No lo sé», dice Claudio. «Quizás haya algunas disposiciones naturales. Cierto es que a mí me fascinan algunas expresiones artísticas, pero no pienso en dedicarme activamente a ellas. Es una buena pregunta, lo he pensado, pero no lo sé». Quizás suceda lo mismo cuando un científico elige una rama de la ciencia. O cuando decide dedicarse a hacer ciencia. Las elecciones, las opciones, las oportunidades van moldeando nuestras vidas y muchas veces no se trata de «decisiones», sino más bien de contingencias que abren o cierran puertas, y que llevan a que cada uno sea hoy lo que es. Su pasión por la música no nació al mismo tiempo que su pasión por la ciencia, pero nunca dejaron de convivir. «Nunca dudé de estudiar biología, a pesar de que ya estudiaba música». Sin embargo, como pasa siempre en la vida de las personas «tuve un momento de crisis y se me cruzó por la cabeza dejar la biología. Porque me parecía que sacrificaba cierta 'excelencia' al dedicarme a las dos cosas y no a una sola. Pero si eventualmente la vida me pusiera entre la espada y la pared, elegiría la música, a pesar que me apasionan las dos».

¿Qué busca Claudio Chehébar en esta convivencia entre la ciencia y la música? «Muchas veces, para explicar por qué alguien se dedica a dos cosas, se busca en qué se parecen esas cosas. Pero yo creo que hago las dos porque son bien diferentes. Aunque la biología y la música pueden tener cosas en común, lo que más me atrae de cada una (y de dedicarme a cada una) son aspectos distintos, que al final se complementan. No es que uno haga una lista o lo piense demasiado, sino que uno busca un cierto equilibrio en su vida -ni pura razón, ni puro sentir. En cuanto a 'exactamente qué' me atrae de ambas cosas, me parece que no lo sé definir. Ambas -a su modo cada una- son pasiones, y las pasiones no se explican».

Es a partir de este misterio que *Desde la Patagonia* ha pensado esta sección. ¿Qué lleva a algunas personas a mantener en un delicado equilibrio su placer y su tesón en el esfuerzo por desarrollar una ciencia y una forma de arte? Un poco más acerca de la respuesta a esta pregunta nos deja la conversación con Claudio Chehébar, de quien nos despedimos después de un par de horas de una charla amena, mates y anécdotas.

